

el mismo lunar sobre el hombro izquierdo. Pero cuando el capitán decía «Dios» y se imaginaba cierto ser de una santidad austera, su hermano se imaginaba la figura de un gobernador, y su hermana, la de un apuesto general.

Eran ajenos, extraños unos a otros, más que las gentes de diversa raza.

Pero la academia militar, el servicio, la casta, no pudieron quebrantar cierta bondad nativa del capitán. Era como si el peso de todos los linajes de su nombre gravitase abrumadoramente sobre la copa de su espíritu, hasta que algún día se rompiera o al menos cediera, o de pronto se inclinase de modo tal, que toda aquella riqueza secular de altanería, todo aquel sentido del deber y de la tradición, cayera ruidosamente al abismo y sólo quedase en pie una vasija vacía, ingrátida, presta a todo lo original, a todo lo nuevo e inaudito, de un modo, por decirlo así, místico.

Sin olvidar que en el hermetismo de su vida, en la cual, por mucho tiempo, un hombre valía menos que un libro, se desarrollaron tendencias y costumbres, que, medidas con las normas de una profesión rígida, habían de parecer extrañas, desconcertantes. Soliloquios en los que el «yo» se formó, lentamente, una segunda imagen que, al crepúsculo, se sentaba frente a él. Ensayos de adivinación, hechos, antes de decidirse, con botones, con ventanas, con pétalos. Imponerse el deber de contar mentalmente hasta doce, antes de dar una orden. Y cosas parecidas. Con todo, siempre las realizaba en secreto y casi por diversión; de manera que apenas pasaron todas ellas del umbral del subconsciente.

Sorprendía que sus asistentes, pasado algún tiempo, acostumbrasen a pedir el relevo; no porque los tratase con dureza, sino porque solía ocurrir que, al despertarse a media noche, veían al capitán ante el camastro, con una vela encendida en la mano, contemplándolos ensimismado, caviloso, el semblante.

—¿Qué clase de hombre eres tú?—solía preguntar—¿Sabes tú qué hombre eres?

Tres veces estuvo a punto de casarse y las tres rompieron el compromiso sus futuros suegros. «Por consideraciones sociales», decían. Preguntaba por lo que no podía ser preguntado.

Decía lo que no se debe decir. Lo mismo sucedía con su sonrisa, con sus dudas, con su hablar y su callar.

Era muy respetado por todas sus gentes, querido por algunos, por unos cuantos adorado. No sentía ambición alguna, ni envidia, ni celo profesional. Leía mucho, sobre todo libros de ética y de sociología; y era capaz de pasar largas horas los ojos sobre un teorema, sobre una tabla, mirando, por decirlo así, más allá de las palabras y de las cifras, con el asombro y el estupor de un niño ante el cual se abre y se cierra una caja silenciosamente, misteriosamente. No podría llamarse desgraciado, pero rebotaba una inquietud dulce, temblorosa, como la de un animalejo del bosque sorprendido a campo raso por la luz clara del amanecer, o como un árbol que tiembla con todas sus mil células al amago de la tormenta. Era como un explorador de la humanidad. La humanidad suele destacar avanzadas de estos hombres, antes del gran trueno que anuncia los grandes designios. Son poetas, mártires, adivinos. Así puede saber, por sus éxtasis, por sus gritos, por su muerte, si es ya tiempo de arrojar los dados sobre la tierra. El piso de lo cotidiano temblaba bajo sus pies inquiridores; y así pudo acontecer que él, hombre nada militar, aunque oficial de gran porvenir, sintiese la erupción de la gran guerra como algo que había de redimirle. El suelo cedía, se agrietaba, se derrumbaba estrepitosamente; entonces era cuando podría verse si en los abismos desnudos se descubriría la faz de Dios o la del Diablo.

Pero nada de eso aconteció. Hubo muerte, destrucción, espanto, sufrimiento, mentira, santidad; pero se trataba simplemente de un aumento en cantidad de lo ya conocido; un hacinamiento, un apelotonamiento, un espasmo, un hartazgo. Ninguna cuarta dimensión, sino fenómenos, leyes, necesidades de las dimensiones conocidas. Ni Dios ni Satán se revelaban; sólo se descubría el hombre, hasta que fué apareciendo toda su desnudez de milenios atrás; y de los incendios de la catástrofe comenzó lúgubramente a destacarse, entre los escombros, el dislocado esqueleto, incandescente, pero sin purificar por el fuego.

El capitán sintió frío y un comienzo de asco. Le repugnaba la guerra tanto como la paz,

el hambre tanto como la hartura; el miedo tanto como la esperanza. Permaneció en filas porque no sabía dónde quedarse. Si andaba erguido era tan sólo por no revelar la pesadumbre que en secreto le oprimía los hombros, la carga terrible de una palabra que transpaso su sueño como sus vigiliás:

«Como creiste te será hecho»

El día en cuya mañana había visto el capitán al prisionero terminó de un modo cruento, rebotante de odios, hecho añicos; sólo hacia la noche se llegó a alcanzar el objetivo de la operación, después de la cual descansó el batallón. Por el cielo intranquilo palidecían las estrellas, mientras cegaba la luz de los cohetes, cuando el capitán ensilló su caballo y galopó duramente hacia la aldea de cuyo nombre se había enterado por la mañana.

Jinete y cabalgadura se iban durmiendo con el sueño del agotamiento. Pasó bastante tiempo hasta que el capitán diese con la granja en cuyos sótanos se encerraba a los prisioneros. Se levantó el cuello del capote, y mientras se dirigía lentamente al corral, y contestaba el santo y seña al asustado centinela, intentó divisar en la oscuridad, grabar bien en su memoria, el terreno, las cosas, como si luego tuviese que dar noticia de ello, al regresar.

En el suelo empedrado ardía una vela, que lanzaba a la corriente de aire la sombra del soldado dormido en los peldaños. El capitán—aunque sus manos temblaban de fiebre—contempló algún tiempo el rostro juvenil que, por exceso de fatiga, parecía casi muerto. Luego, tocó el brazo del dormido y miró, sin aspereza, los ojos inquietos.

—Está bien—dijo—. Eran días pesados... Quisiera entrar por allí... Tengo que hablar con el... con el minero... ¿Me conoces?

—Mi capitán... El señor comandante estuvo por la mañana.

—Muy bien... ¿Están allá, abajo? ¿Qué harán con ellos?

—Por la mañana...—dijo el soldado de repente, en voz baja, mirando hacia donde sus dos sombras trepaban por el muro—. El señor teniente está en casa del general; fué a recoger la firma...

El capitán asintió, extrajo una linterna del bolsillo y la encendió en la vela.

—Una luz enciende otra—pensó rápidamente—. ¿Por qué no un hombre a otro hombre?

Sabía que el otro no dormiría, y no se sorprendió, cuando en uno de los sótanos próximos se alzó tranquilamente su rostro, de un haz de paja. Colocó la luz sobre un estante de fruta, situado a media altura de la pared, arrastró una caja de madera, se quitó el casco y se sentó algo curvado, plegadas las manos alrededor de las rodillas, contemplando al través de los cristales de sus gafas, muy atento pero discretamente, el mudo rostro del prisionero.

Éste le contemplaba con la cínica franqueza de un adversario, no sin curiosidad, pero ya con la leve superioridad de un condenado a muerte.

—Peores caras hay entre los asesinos—dijo, al fin.

El capitán se encogió un poco, pero en seguida, en vez de responder, sonrió.

—Me llaman el Centurión de Cafarnaüm—dijo después.

El prisionero le rogó que le explicara eso, y el capitán refirió los motivos de aquel apodo.

—No me corresponde dijo al terminar—. Debió de haber sido distinto, muy distinto...—agregó—. Y esta mañana pensé que tuvo que parecerse a ti.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente